



JAIME SABINES: LA FIJACION DE LOS INSTANTES

por Herman Efraín Bartolomé

“El arte está verdaderamente metido en la naturaleza, quien puede arrancarlo lo tiene”, decía Alberto Durero y creo que podemos confiar en su palabra: dio muestras de saber lo que decía.

Ya en nuestro siglo Martín Heidegger lo afirma con palabras diferentes: “La obra de arte permite al ser de la cosa salir al exterior, aflorar, ser verdaderamente”. A mi juicio, ese es el caso de Jaime Sabines: un ser humano que se revela a sí mismo al revelar el ser de las cosas. Un ojo que le permite tal virtud no encontrará dificultad alguna para poetizar sobre lo que sea: los temas pueden ser los más gastados: la familia (Tía Chofi, Doña Luz, El Mayor, los hermanos Juan y Jorge, Jaime: el hijo muerto, Julito y la Pipis); la muerte (¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?) el círculo de eros, con su ternura, el deseo, el temor al engaño; o Dios (Dios mío ¿Qué Dios tienes tú? ¿Quién es tu Dios Padre, Tu Dios Abuelo? ¡Qué solo debé estar el Dios primero, el último!) Los temas, repetimos, pueden ser los más gastados, pero en todos los casos Sabines está *viendo* esencias. Revela las cosas en tiempo y en espacio y se yergue un instante luminoso que nos perseguirá durante muchos días. Y ese instante es luminoso aunque venga de la sombra. Así pues, Jaime Sabines revela las cosas, las emociones y las situaciones recuperando instantes que todos hemos vivido y que no hemos podido nombrar: los instantes lo revelan a él con lo cual nos revela ante nosotros mismos.

Pero si poetiza con los temas gastados, menos dificultad tendrá para hacerlo con las cosas cotidianas. Todos hemos manejado un auto en una tarde lluviosa, todos hemos tenido un televisor descompuesto, todos tuvimos una tía solterona, todos hemos perdido un gato, hemos visto a las criadas paseando los domingos. Pero también hemos interactuado con nuestros padres, hijos, hermanos y hemos estado solos un día en que hace frío, y nos hemos enfermado y hemos ido al burdel y nos hemos tardado *una hora y cien labios de uno a otro pezón*.

Situémonos en alguna de estas circunstancias:

a) Manejamos un auto en la noche lluviosa. ¿Y qué? Nada: sólo alguien que maneja un auto: es decir: la intrascendencia plena. Pero de pronto: “En

la carretera, como en el tiempo, uno se complace de la eficacia de los parabrisas que barren el agua hacia los lados y alargan la mirada prodigiosamente. ¡Qué grato es el ronroneo del motor, su ruido caliente y amistoso! Nadie se siente solo si se pone a oír el ruido del motor: es más humano que la voz del locutor en el radio, mucho más que las canciones y los anuncios”.

b) Vemos la televisión descompuesta y de pronto “Me preocupa el televisor. Da imágenes distorsionadas últimamente, las caras se alargan de manera ridícula, o se acortan, tiemblan indistintamente hasta volverse un juego monstruoso de rostros inventados, rayas, luces y sombras como en una pesadilla. Se oyen las palabras claramente, la música, los efectos de sonido, pero no corresponden a la realidad, se atrasan, se anticipan, se montan sobre los gestos que uno adivina. Me dicen que un técnico lo arreglaría en dos o tres días, pero yo me resisto. No quiero la violencia: le meterían las manos, le quitarían las partes, le harían injertos ominosos, trasplantes arriesgados y no siempre efectivos. No volvería a ser el mismo .

Ojalá que supere esta crisis. Porque lo que tiene es una fiebre tremenda, un dolor de cabeza, una náusea horrible que lo hace soñar estas cosas que vemos”.

c) Sopla una brisa fría un día cualquiera. Tal vez esto nos lleve a un recogimiento. Algo quisiéramos decir y alguien nombra de pronto con sorprendente exactitud: “Gira por su ecuador empobrecido/un viento espeluznante, hecho de nada/ acostumbrado a ser sólo silencio/ sólo derrame de una vena seca, sólo respiración de un plumón muerto./ Un viento que no raspa, que no toca,/ que no levanta apenas la ceniza/ de aquel ahogado incendio./ De la boca de Dios/ (que ya sabemos que Dios no tiene boca)/ sale el viento lunar, ágil, terrestre,/ herido, quieto.”

¿Qué hay en estos poemas que nos hacen más grande el universo? O, ¿no han hecho la realidad más amplia? En adelante ¿Veremos con la misma visión la desaparición del gato, la descompostura del televisor, el ruido del motor bajo la lluvia nocturna? No. Claro que no: porque ya el mundo es otro: más grande, más amplio, más claro. Ha emergido. Se ha desocultado. Ahora es.

Del mismo modo nuestra tía solterona será vista con una luz distinta después de Tía Chofi, las conductas de nuestro hijo en desarrollo serán vistas con ojo diferente después de Julito; nuestros padres, en su individualidad, son más ellos después de Doña Luz y Algo sobre la muerte del Mayor Sabines.

¿Por qué?

Porque se ha puesto en operación el ser de cada cosa, “la verdad del ente” diría Heidegger. El arte ha sido arrancado a la naturaleza.

En esto radica, pues, la calidad de gran poesía que es la obra de Jaime Sabines. Fija el instante que hemos vivido todos: desoculta las cosas.

Por lo tanto, a diferencia de los que muy superficialmente suponen que el Manifiesto poético de Jaime Sabines está en el poema aquel que comienza diciendo “Hay dos clases de poetas modernos, etc.”, pienso que, en caso de existir un manifiesto este sería: No quiero convencer a nadie de nada. Tratar de convencer a otra persona es indecoroso, es atentar contra su libertad de pensar o de creer o de hacer lo que le de la gana. Yo quiero sólo enseñar, dar a conocer, mostrar, no demostrar. . . (¿Quién es quién para decir “esto es así”?).

